

INFORME POLICIAL

Joseph Roth¹

Hace unos días, murió en la sala de espera de cuarta clase de la estación de Silesia de Berlín el labrador ucranio de cuarenta y dos años Oleksa Solonenko. La policía le halló un paquete de cartas de su pueblo, un pasaporte con treinta y dos visados y sellos y un collar de oro americano. Según el informe, de los papeles del muerto se desprende que Oleksa Solonenko quería regresar, tras una estancia de veintidós años en Brasil, a su pueblo ucranio de la Galitzia oriental. Pero sucede que el informe es incompleto. Me gustaría completarlo.

El pueblo de Oleksa Solonenko es una calle con setenta y seis cabañas y una capilla rural, parecida a un juguete de la puericia de un santo. Detrás del bosque brilla el castillo como un punto que Dios ha jaspeado con tinta de sol pura y blanca después de haber pergeñado las dos líneas de casas del pueblo. En el castillo vive el conde polaco y Oleksa Solonenko en una de las setenta y seis cabañas. En la cabaña de Oleksa viven dos cerdos, un abuelo, un gato negro moteado de gris, la señora Katharina y dos niños, Nikita y Jossip. Oleksa Solonenko hace sólo veinte meses que está casado.

Oleksa tiene cinco yugadas de trigo, maíz, remolacha y trébol. El trigo, lo lleva al molino y cuelga las mazorcas para todo el invierno bajo el alero de su cabaña. El tejado parece entonces un gorro de bufón hecho de paja y con muchos flecos en el cucurucho. Los cerdos, el abuelo y los niños se alimentan de las remolachas. Y el trébol se lo vende Oleksa a los judíos de la taberna.

Oleksa es un hombre humilde: cuando el inspector pasa de largo con sus botas relucientes, Oleksa se quita el sombrero y lo mantiene en la mano; cuando el guardia de la gendarmería pasa raudo y ruidoso, Oleksa se quita el sombrero; cuando el conde pasa trota que te trota por los campos, Oleksa mantiene el sombrero en la mano hasta que caballo y caballero quedan fijados al borde del horizonte como un abejorro gordo y negro.

A veces, el conde tiene la desconcertante idea de dar la vuelta. Si Oleksa no sigue con el sombrero en la mano, el bastón de caña del conde silba por los aires y pega en el carrillo de Oleksa.

Si el cerdo de Oleksa le gusta al conde, lo mata para la cocina del castillo. Si el cerdo de Oleksa no le gusta al conde, le gusta la mujer de Oleksa.

Y además, Oleksa tiene que hacer entrega al castillo de cierta cantidad de trigo al año. Por ello le dan un recibo. Puede guardarlo.

El representante de la compañía americana tiene el pelo rojo y una cara salpicada de pecas. Parece como si le hubiesen llovido pecas. El representante habla con Oleksa Solonenko. Oleksa decide emigrar a "Bransolia". El pasaje marítimo lo llevará a Pernambuco, Brasil.

En Brasil, Oleksa da con Nikita Kolohin, Iwan Lafzcuk y Pantalemon Petriw. Trabajan para el dueño de una plantación y se llama "Senhor". Cultivan maíz y trigo, pero las mazorcas no cuelgan de los aleros como flecos, sino de armazones de barras. Si no, no se notan muchos cambios. Todos los que trabajan aquí son labradores ucranios. Tienen una iglesia griega, como en casa.

Oleksa es un hombre humilde: cuando el secretario pasa por su lado, Oleksa mantiene el sombrero en la mano; cuando el administrador, largo y flaco como

¹ Autor austriaco, nacido en 1896 y murió en París en 1939 como emigrante olvidado; este relato apareció en el periódico *Vorwärts*, el 11 de abril de 1923, y forma parte de la gran obra de novelas, reportajes y relatos del autor. Traducción: odcg consult

un paraguas viviente, da sombra al camino con su ancho sombrero de paja, Oleksa mantiene el sombrero en la mano; cuando el capataz comienza a echar pestes y a resoplar maldiciones, Oleksa mantiene el sombrero en la mano; cuando el Senhor pasa trota que te trota por los campos, Oleksa mantiene el sombrero en la mano hasta que caballo y caballero quedan fijados al borde del horizonte como un abejorro gordo y negro.

Quince años vive Oleksa en Brasil. Las cartas a casa las escribe Pantalemon Petriw, que aprendió algo. Las cartas dicen que Katharina debe cuidar a los cerdos y pegar a los niños. Que él, Oleksa, volvería pronto a casa y que ya verían entonces.

Katharina respondía: un cerdo se ahogó, los niños crecen, el abuelo vivirá como mucho dos semanas todavía y Nastja, la hija del zapatero, ha tenido un hijo del conde y se ha ido a la ciudad de ama de cría. Esta carta se la lee Pantalemon Petriw, que aprendió algo, al Oleksa diecisiete veces, y después Oleksa se la sabe de memoria palabra por palabra. Para convencerse de que es de verdad así, Oleksa se la hace leer otra vez.

Después Oleksa no recibió más cartas y los papeles decían que había guerra. Después de cinco años, el administrador contó que la guerra había terminado, pero que había comenzado la revolución. Los campesinos habían repartido las tierras y los condes polacos habían desaparecidos.

Oleksa tuvo entonces añoranza de Katharina, el cerdo y los muchachos. Quería saber si al menos uno había llegado a cabo en la guerra. En la tarde de ese mismo día, Pantalemon Petriw vino con su armónica y toca una vieja kolomeika. Entonces Oleksa Solonenko recoge sus ahorros - ochocientos cuarenta y seis dólares - y se baja del tren en Pernambuco.

Cuando llegue a casa, piensa Oleksa, voy al castillo del conde polaco y hablo portugués: "No, Senhor", diré. Para que la gente sepa que hablo portugués, me compro un traje nuevo.

A una cadena de plata con dijes en forma de corazón ata un enorme reloj en forma de cebolla que martillea cual solícito pinche de tejador. En el bolsillo superior izquierdo de la chaqueta, pone Oleksa un hermoso pañuelo rojo con la estrellada bandera americana en el medio.

En Berlín, Oleksa Solonenko tiene que conseguir un visado de paso. Pasa dos días delante de cinco despachos, después dos horas delante de un señor que es exactamente igual que el conde polaco. Después puede continuar el viaje; desde la estación de Silesia.

Quién sabe si le van a permitir seguir, piensa Oleksa. El tren sale en cinco horas y media. Aún puede tomarse un té. Mientras sorbe el té, oye de repente a Pantalemon Petriw tocar la kolomeika. Y ve un cerdo muerto. Y su hijo es de verdad cabo. Y el conde cabalga por los campos y tiene la desconcertante idea de dar la vuelta. Pero Oleksa no se ha quitado el sombrero, porque acaba de volver de "Bransolia".

Eso le produce a Oleksa tal calor de muerte que se muere. Está en el cielo, y el cielo es en realidad un pañuelo azul inmenso con una bandera estrellada americana. Y las estrellas son de oro rojo. Oleksa se quita el sombrero y lo mantiene en la mano.

"¿Por qué tiene el sombrero en la mano?", le pregunta Dios.

"Dios", dice Oleksa, "quién sabe si el conde pasa a caballo ...".